

CAPITALISMO Y DEMOCRACIA*

Owen M. Fiss
Profesor de Derecho Público
Universidad de Yale

El autor examina en el presente artículo las tensiones existentes entre el Capitalismo y la Democracia. Para ello, describe el proceso de resquebrajamiento de la estructura socialista de Europa Oriental y el paulatino desplazamiento de estos países hacia los ideales del Capitalismo; incitados, especialmente, por el contraste de su propia miseria con las riquezas de Occidente. Asimismo, identifica a la Democracia como la motivación política subyacente en el proceso de transición hacia el Capitalismo. La convivencia de los valores democráticos y capitalistas no es, sin embargo, siempre pacífica, por lo que el autor propone una actitud más escéptica en torno al nuevo orden en la escena mundial.

Owen M. Fiss, es profesor de Derecho Público en la Universidad de Yale, donde ocupa la cátedra Alexander M. Bickel. El autor tiene a su cargo además, conjuntamente con el profesor George Priest, el curso denominado "Capitalismo y Democracia"; en el cual, precisamente, se trata la experiencia peruana a partir del libro "El Otro Sendero".

El presente artículo apareció publicado en el Vol. 13, No. 4 de 1992 del Michigan Journal of International Law, y fue cedido a THEMIS por el propio autor.

El Socialismo ha colapsado. La larga pugna histórica entre el Capitalismo y el Socialismo ha llegado a su final y el Capitalismo ha emergido victorioso. Este cambio en los acontecimientos fue prefigurado por el movimiento de privatización que, desde finales de la década del setenta y durante los años ochenta, recorrió Inglaterra, los Estados Unidos, y un número de países de Latinoamérica. La historia, sin embargo, aún aguardaba la renuncia al Socialismo de aquéllos que todavía lo vivían, pero ella pronto llegó en la forma de las revoluciones de 1989 en Europa del Este y en la espiral cadena de acontecimientos, puestos en marcha por la "Perestroika", que finalmente condujo a la disolución de la Unión Soviética en diciembre de 1991. China y Cuba continúan flameando la bandera del Socialismo aunque, para la mayoría de los observadores, esto parece más un acto de desesperación -un esfuerzo por proclamar su lealtad hacia una ideología que, pudiendo ser inherente a su identidad histórica, es hoy repudiada por el mundo entero-.

Caben muchas definiciones en torno a lo que es el Capitalismo, aunque en esencia es un sistema diseñado para fomentar la motivación que produce el actuar en interés propio. Para ello, se presume que los individuos son agentes autónomos que persiguen la satisfacción de su interés propio. El Capitalismo alienta la eficiencia y la productividad de los individuos al forzarlos a competir entre sí,

* El presente ensayo se ha beneficiado grandemente de las discusiones sostenidas con mi colega, George L. Priest, y por el seminario que dictamos juntos en la Escuela de Derecho de Yale en la primavera de 1991. Le estoy agradecido a los alumnos que participaron en ese seminario. También quiero agradecerle a Bruce Ackerman, Eric Bentley, Jr., Sarah H. Cleveland, Robert C. Ellickson, Alan Hirsch, Paul Kahn y Alan Schwartz por sus críticas y comentarios sobre este ensayo.

La traducción del artículo ha sido realizada por Javier De La Vega Gómez Sánchez y Enrique Felices Saavedra, miembros de THEMIS - Revista de Derecho.

recompensando luego, y en mayor grado, a quienes son más productivos en términos que se definen por la satisfacción de los consumidores. Los consumidores, son colocados frente a la tarea de elegir cómo asignar sus propios y escasos recursos entre los productos y servicios que les son ofrecidos, aun cuando permanecen como las figuras preeminentes de un sistema económico que responde a sus deseos. El objetivo del capitalismo es maximizar la satisfacción del consumidor mediante la producción de los bienes y servicios que aquéllos exigen.

La institución social central del Capitalismo es el mercado, una suerte de construcción teórica en donde los individuos revelan sus preferencias, compiten entre sí, e intercambian bienes y servicios. El gobierno tiene, aunque limitado, un rol propio que interpretar dentro de este esquema. Este rol se ve contrañido a: a) crear un sistema monetario, definir los derechos de propiedad y garantizar el cumplimiento de los contratos para así facilitar el sistema de intercambio; b) prohibir ciertas actividades, como los monopolios o el control de los precios, que podrían destruir el mecanismo disciplinario central del mercado: la competencia; c) proveer de un sustituto para la competencia del mercado, en aquellas situaciones en las que sólo interviene un productor ("monopolios naturales") o en donde es poco probable que, mediante el intercambio común, se tome en cuenta los costos o valores totales de un bien o servicio determinado (por ejemplo, las "externalidades" o los "bienes públicos); y d) elevando las rentas públicas a través de la tributación u obteniendo préstamos para financiar sus operaciones.

En estas cuatro funciones se asientan los parámetros del estado Capitalista. Si bien la participación del Estado es concebida como mínima, cada función puede ser entendida como aquella que permite un incremento constante de la esfera del poder estatal. Por ejemplo, algunos han utilizado tan generosamente la noción de "fallas del mercado" para justificar la participación del Estado, que casi alcanzan una escala similar a la contemplada por el Socialismo. Sin embargo, en un nivel ideológico, el Capitalismo insiste en una marcada dicotomía entre el Estado y la economía, permitiendo sólo intervenciones incidentales del primero en la esfera económica. Adicionalmente, el Capitalismo requiere del Estado -cuando le sea permitido intervenir- para tratar de reproducir los resultados que produciría el funcionamiento apropiado del mercado. De esta manera, al Estado capitalista no se le permite demandar el interés público en una forma que sea independiente de la satisfacción de los consumidores. Las funciones del Estado permanecen, así, definidas en términos de mercado.

En casi todas las sociedades capitalistas contemporáneas, incluyendo los Estados Unidos, se producen en la práctica significativas desviaciones de lo que es estrictamente el modelo capitalista. El Estado, efectivamente, interviene en la economía en formas que no pueden ser enteramente justificadas en términos de protección al mercado o de corrección por sus eventuales fallas. Casos típicos, son las leyes que determinan el máximo de horas laborables o que establecen salarios mínimos; o aquéllas que protegen de discriminación a grupos que se encuentran en desventaja en razón a su raza o sexo. Frecuentemente, el Estado es propietario de diversas industrias (educación y transporte, por ejemplo) y subsidia algunas otras (por ejemplo, el arte). De mayor significado aun, son los programas de asistencia, con que cuentan casi todos los países capitalistas; o, lo que Charles Taylor llama "mecanismos de solidaridad", que consisten tanto en pagos de dinero en efectivo como en la participación de otra clase de beneficios (por ejemplo, albergues públicos). Estos programas están dirigidos a mantener ciertos niveles mínimos de vida o a redistribuir la riqueza, de tal forma que las desigualdades, que en la distribución de la misma produce el mercado, sean moduladas.

Estas desviaciones del modelo teórico del Capitalismo, introducen un matiz de ambigüedad en los registros históricos y generan la interrogante -en algunas mentes, por lo menos- de si los recientes cambios en Europa del Este y la Unión Soviética deben ser entendidos, como yo lo he sostenido, como una absoluta victoria del Capitalismo. Aquéllos que adoptan una visión contraria, admiten que los Estados Unidos y Europa Occidental fueron los modelos a seguir por los reformadores del Este, pero apuntan que desde que los sistemas económicos de los Estados Unidos y en Europa Occidental se encuentran amalgamados entre sí, resulta poco claro precisar qué era lo que guiaba a los reformadores y qué podría decirse que ha triunfado. ¿Triunfó realmente el Capitalismo o fue acaso, el triunfo de algún híbrido? Y si fuera lo segundo, ¿Por qué no puede el Socialismo reclamar para sí ese híbrido como lo hace el Capitalismo? Preguntas como éstas consumirán en los años venideros, sin lugar a dudas, a los que se encuentran más propensos a filosofar. Sin embargo, en la realidad del hecho histórico -en oposición a aquello que " pudo haber sido"- es claro que los reformadores del Este percibieron las amalgamas de Occidente, especialmente porque fueron forjados por los movimientos privatizadores que dominaron Occidente en los años setenta u ochenta, más como pertenecientes al Capitalismo que al modelo socialista. Los reformistas repudiaron al Socialismo y acogieron el Capitalismo, aunque, como el sacer-

dote mayor del Capitalismo -Friederich Hayek¹ nunca lo hicieron con suficiente ferocidad como para evitar concesiones en el nivel práctico o en el institucional. El Capitalismo fue el ideal hacia el cual ellos se desplazaron; aún cuando haya sido una aspiración vagamente formada, lo cierto es que ahora provee de un entramado sobre el cual tendrá lugar el debate futuro.

El atractivo del Capitalismo tenía bastante de materialistas. El Capitalismo, prometía producir una diversa y abundante provisión de bienes y servicios, y su triunfo está directa e inmediatamente relacionado con si comprobada habilidad para cumplir esa promesa. Los reformistas observaron las riquezas de Occidente y las compararon con su propia miseria, apreciando en el contraste la validez de los supuestos del Capitalismo y el rebatimiento del Socialismo. El contraste les alcanzaba un mensaje muy claro: Los trabajadores no laborarán con tanto empeño, cuidado o imaginación, cuando sus objetivos sean los de conseguir el beneficio público en lugar de sus propios intereses; los consumidores tienden a estar más satisfechos cuando ellos mismos, y no los agentes estatales, determinan cuáles son los bienes y servicios que desean. Ciertamente, la evidencia no es tan poco ambigua. Muchos otros factores, incluyendo recursos naturales y culturales, así como los puntos de partida históricos, podrían demostrar los logros materiales de las sociedades capitalistas. Sin embargo, el superior desempeño económico de los países capitalistas ha sido tan sustancial y penetrante -de enormes proporciones, cuando países como Alemania del Este y del Oeste eran comparados- como para sugerir que hubiera algo más involucrado. El registro histórico nos provee de amplias razones para creer que las normas de conducta del Capitalismo son más realistas que las del Socialismo, y que aquél ofrece más probabilidades de producir una mayor riqueza material.

El hecho de atribuir el triunfo del Capitalismo, principalmente, a sus ventajas materiales no lo merece en nada; la satisfacción del consumidor es de una importancia enorme y esencial para el funcionamiento apropiado de cualquier sociedad. Sin embargo, la satisfacción de los consumidores no es el único criterio para evaluar a una sociedad y, por ende, cierta consideración deba ser otorgada al impacto que el Capitalismo ha tenido en otros valores; por sobre todos, la democracia. Aun cuando la principal seducción del Capitalismo pudo no haber sido materialista, hubo conside-

raciones políticas que también motivaron a un buen número de los reformistas de Europa del Este y la Unión Soviética. Estos reformistas estaban tan decididos a escapar del totalitarismo como lo estaban de su condición material, y vieron en el Capitalismo la promesa de alcanzar ambas metas. Ellos lucharon por algo que llamaban «democracia capitalista», creyendo profundamente que en la consecución de una alcanzarían la otra. La pregunta permanece, no sólo en torno a si alcanzarán ambas metas, sino también en relación a si una promueve a la otra -si es que es probable que el Capitalismo promueva la democracia o si, en cambio, hay una tensión entre las dos ideologías, una dinámica al interior del Capitalismo que es tan antitética a la democracia real como lo es al totalitarismo-.

De muchas maneras el Capitalismo y la Democracia comparten un número de premisas fundamentales, y muchos han dado su opinión sobre el paralelo histórico en la aparición de estos dos sistemas de creencias. Así como el Capitalismo ve la elección individual de los consumidores como la piedra angular para ordenar la economía, la democracia también depende de la iniciativa y elección de los individuos como la fuente de la toma de decisiones políticas. Ambas nociones encuentran su raíz en la presunción de la racionalidad humana y del interés propio; apoyándose, en tal sentido, en la libertad individual y en la autonomía como los medios para conseguir sus fines. El Capitalismo y la Democracia son generalmente asumidos como los mejores -aún cuando imperfectos- medios para alcanzar los objetivos sociales de una nación que, de manera ideal, está compuesta por una universalmente activa, comprometida y auto- actualizada ciudadanía.

La Democracia, sin embargo, también encierra un número de principios que son o divergentes o totalmente inconsistentes con muchos de los dogmas capitalistas. En las páginas que siguen delinearé cinco de estos principios: Soberanía popular, independencia económica, alternativas de elección cultural, participación activa, y satisfacción ciudadana; los cuales son fundamentales para el funcionamiento saludable de un sistema democrático. Algunos de estos principios han sido tomados de la crítica del Socialismo al Capitalismo, y al hacerlo, mi propósito no ha sido el de resucitar una ideología hoy muerta, sino beneficiarme de una tradición intelectual que ha incidido más profundamente que cualquier otra en las imperfecciones y tragedias del sistema económico que hoy representa nuestro destino.

¹ Hayek, Friedrich A. The road to serfdom 1944 Pág. 36 - 39.

SOBERANÍA POPULAR.

El control popular sobre el gobierno -la idea de que el gobierno actúa únicamente a instancia del pueblo- descansa en la base de la teoría democrática y, de acuerdo a muchas de las críticas socialistas, representa uno de los puntos centrales de antagonismo entre los valores del Capitalismo y de la Democracia. De acuerdo a la mencionada crítica, la abdicación que el Capitalismo hace del control de la economía y de la toma de decisiones en favor del sector privado -la separación del Estado y la economía- remueve del control popular uno de los aspectos más importantes de la vida moderna. La soberanía popular queda asegurada únicamente si las decisiones económicas permanecen bajo la autoridad del Estado.

Una crítica semejante es, por supuesto, un blanco fácil debido a la posición ventajosa en la que el naufragio del Socialismo nos ha colocado. Es claro, que la propiedad estatal de las industrias -exigencia clave del Socialismo- no promovió, en los hechos, los valores democráticos. La teoría del Socialismo presume que los funcionarios estatales que se encuentran a cargo de la economía son sensibles a las demandas del pueblo. Sin embargo, la experiencia histórica -el simple hecho de que los países socialistas líderes del mundo, específicamente la Unión Soviética y China hayan sido totalitaristas- contradice tal premisa. Los funcionarios que administran la industria o el sistema de distribución se convirtieron, invariablemente, en amos de las personas, más que en agentes; utilizando su poder para perseguir sus propios intereses o los intereses de grupos sectarios. Mientras algunos pueden estar tentados a desestimar esta experiencia histórica apoyándose en la teoría de que el Totalitarismo de los países socialistas fue sólo un "exceso" o una "aberración", un producto del cerco tendido por el Capitalismo o del deseo por acelerar el desarrollo económico; tal respuesta parece demasiado fácil. Ella no da mérito suficiente de la estrecha correlación ente el Socialismo y el Totalitarismo.

Por otro lado, los defensores del Capitalismo, no se limitan a apuntar las fallas del Socialismo sino que ven al Capitalismo, en sí mismo, como la más amplia afirmación de la soberanía popular. El Socialismo, discuten aquéllos, hizo a la economía nominalmente sensible a las demandas de la gente, sustituyendo la propiedad privada por la pública; pero, lo cierto es que el Capitalismo es un instrumento más efectivo para alcanzar esa meta por cuanto en un mercado competitivo ningún pro-

ductor por sí solo tiene el poder para determinar el precio o la clase de bienes a ser producidos: todos ellos son sensibles a las demandas de los consumidores. Quizás, los monopolios deberían ser de propiedad del Estado (o ser controlados por el Estado), sin embargo, mientras afrontamos una situación no estará concentrado.

Los defensores del Capitalismo están en lo cierto: La dispersión del poder que produce la competencia en efecto fomenta los valores democráticos. Pero existe aún un motivo de preocupación. Ni aun un mercado totalmente competitivo distribuye el poder de manera consecuente con el ideal democrático de "una persona, un voto". Incluso cuando en un mercado como el mencionado ninguna empresa por sí sola es capaz de controlar los precios o de determinar qué bienes habrán de producirse, el principio organizador del mercado -"un dólar, un voto"- significa que las empresas y los individuos con desiguales porciones de poder pueden influir en la actividad del mercado en una forma que se aparte del ideal democrático. La empresa Mobil Oil está en evidente ventaja frente a la estación gasolinera local, así como el Sr. Rockefeller lo está frente al consumidor promedio.

Tales desigualdades de poder económico repercuten en todo el mercado, dependiendo, por supuesto, de su tamaño; y también traen consecuencias importantes en la política. A pesar de la retórica de "una persona, un voto", intereses económicos poderosos son capaces de ejercer una influencia política desproporcionada y pueden tender a apropiarse del aparato estatal y utilizarlo para su provecho. Altos funcionarios del Gobierno son reclutados de las principales empresas privadas y contemplan la posibilidad de retornar al sector privado una vez que hayan terminado sus servicios para el Gobierno. Tal práctica de empleo conocida como "puerta giratoria" tiende a llevar a los funcionarios del Gobierno a apreciar los asuntos de política pública desde una perspectiva ventajosa para las empresas privadas². Una relación simbiótica similar existe en los países capitalistas entre los económicamente poderosos y los candidatos electorales. Campañas altamente costosas de relaciones públicas, hechas por intermedio de la televisión y por los medios de difusión, a menudo determinan el resultado de las elecciones, obligando a los candidatos a depender, o en todo caso a ser más dóciles con aquéllos que poseen mayor riqueza.

Los resultados pueden ser devastadores para el

² Lindblom, Charles E. *Politics and markets: The world's Political - Economic Systems*. 1977 Pág 201 - 213.

proceso electoral. Tan orgullosos como estamos en los Estados Unidos de nuestra tradición democrática, lo cierto es que aquéllos privilegiados por el mercado son quienes dominan las elecciones. En la típica campaña presidencial, cerca de la mitad de la población no vota y éstos así llamados "desertores electorales" o no votantes tienden a ser los pobres³. La no participación puede indicar la falta de interés hacia los contendores, pero también pueden indicar un profundo sentido de alienación y desamparo que sufren los electores del estrato económico más bajo. Los candidatos y los asuntos que más preocupan a los electores han sido removidos de la agenda.

INDEPENDENCIA ECONOMICA.

La Democracia requiere más que elecciones periódicas y balotas secretas. Esta presupone, una población libremente dispuesta a criticar a su gobierno. De muchas formas puede el Capitalismo promover este objetivo mediante la reducción de la dependencia de los individuos en el gobierno. En contraste con la vida en una economía planificada, un ciudadano que no depende del gobierno para su trabajo, hogar o renta, o que no tiene necesidad de obtener un permiso gubernamental para iniciar un negocio o ganarse la vida, es mucho más libre para criticar al Estado. Existe, a mi parecer, una correlación entre el crecimiento de mercados privados en China durante los años ochenta y el surgimiento del movimiento democrático en ese país. La dificultad, empero, es que si bien el Capitalismo puede eliminar la dependencia gubernamental, crea nuevas dependencias económicas. Una dependencia es sustituida por otra.

El Capitalismo nunca dará a las masas (ni aún a la mayor parte de la clase media) la autonomía económica contemplada por los teóricos políticos del siglo XVII, tal como John Locke, que ensalzaron la virtud de la propiedad privada y vieron a los hacendados como un bastión de libertad. El Capitalismo produce algunos grandes ganadores como Donald Trump o Rupert Murdoch. Ellos pueden tener la clase de independencia avizorada por aquéllos que ensalzaban las virtudes democráticas del Capitalismo, pero la riqueza acumulada por la gran mayoría de la población es limitada. En efecto, la mayor parte de los ciudadanos dependen de su relación laboral para obtener su renta. En sociedades capitalistas la mayoría de los

empleadores son no gubernamentales, y aún cuando esto pueda ampliar la libertad de los ciudadanos para criticar al gobierno, su nueva independencia lleva emparejada la libertad para criticar a sus empresas, a sus jefes, o a las políticas gubernamentales que sostienen o apoyan a tal empresa. Ellos enfrentan al despido en caso de hablar⁴. En un sistema político en el que la empresa ejerce fuerza en la arena política, la autonomía individual en un nivel práctico está severamente constreñida.

Más aun, bajo el Capitalismo, el poder de criticar la autoridad gubernamental o, por otro lado, participar en la vida política no está distribuido necesariamente de igual manera, por cuanto la habilidad de uno para participar en actividades políticas o para hacer escuchar su propia voz, refleja las desigualdades de sus rentas; bien provengan de pagos y salarios o de utilidades de inversiones. Las desigualdades en el poder económico no necesitan convertirse en desigualdades en el poder político, pero tienden mucho a ello, como lo permitió comprobar el fenomenal suceso de la campaña presidencial de Perot en 1992, dado que la participación política requiere estar exento de preocupaciones económicas, gozar de tiempo libre, y tener los recursos necesarios para hacer llegar el mensaje al público.

ALTERNATIVAS DE ELECCION CULTURAL.

Mientras la democracia aspira a hacer a los gobiernos sensibles a los deseos de la ciudadanía, surge una pregunta en relación a cuáles "deseos" debieran "gobernar"- aquéllos del momento, o aquéllos que podrían ser formulados bajo circunstancias más cercanas al óptimo: más allá del tiempo, con información completa, bajo condiciones de reflexión apropiadas-. El autoritarismo ha pregonado frecuentemente sobre la distinción entre los "deseos ocurrentes" de los ciudadanos y lo que puede ser referido como sus "deseos reflexivos". Las personas han sido esclavizadas sobre la teoría que sus amos conocen, mejor que ellos, sus verdaderos deseos y necesidades. Pero una democracia predicada sobre una exclusiva preocupación con deseos ocurrentes no presenta un atractivo social ideal. Nuestro respeto por la elección de la mayoría se ve menguada considerablemente una vez que descubrimos que la elección fue hecha apresuradamente, bajo un estrés considerable, sobre la base de información inexacta o sin adecuada consideración de las alternativas. Una verdadera democracia

³. Phillips, Kevin P. *The Politics of Rich and Poor: Wealth and the American Electorate in the Reagan Aftermath*. 1990 Pág 24 - 25.

⁴. Ver por ejemplo, *Novosel vs. Nationwide ins. co.* 721 F 2d 894 (3er Cir. 1983).

presupone una medida de ilustración ciudadana.

Dicha ilustración no es necesariamente incompatible con la propiedad privada. Hay, empero, algunas industrias -a las que llamaré "de información" que tienen un apoyo directo en el nivel de ilustración del electorado, y operar estas industrias en base a los principios puramente capitalistas podría, ciertamente, poner en peligro los valores democráticos. Una de estas industrias es la del cine y televisión. Otra, es la industria editorial, incluyendo diarios, revistas y libros. Una más es la del sistema educacional. Supeditar todas las industrias a la competencia del mercado y permitirles conducirse en función a la maximización de utilidades, producirá programas de educación y entretenimiento que respondan a los deseos de los consumidores. El público adora la serie de televisión "Dallas". No obstante, no hay razón para creer que lo que el público desea como medio de entretenimiento o hasta de educación será suficiente para equiparlo para descargar sus responsabilidades en la esfera política.

Los Estados Unidos tienen un fuerte y viable compromiso con el Socialismo estatal en cuanto a la operación de sus sistemas de educación elemental y secundaria. Algunas de las más grandes universidades de la nación como la Universidad de California y la Universidad de Michigan son financiadas por el Estado y, en cierta medida, administradas por él. El programa más radical para privatizar todo el sistema educativo nunca ha prosperado en los Estados Unidos pese a que hoy en día intentos dispersos están siendo hechos para revivir esta idea ⁵. Todavía el cine, la televisión y los medios escritos permanecen en manos privadas. Aun cuando muchos ven esto como uno de los más grandes valuartes de la democracia en América -una voz fuerte e independiente para oponerse al gobierno-, la estructura capitalista de la propiedad de estas industrias plantea un dilema para la democracia. El discurso público será moldeado por elementos de mercado, y ello emparejará la capacidad del público para optar por alguna alternativa de elección cultural.

Un ejemplo de lo anterior puede ser la televisión. En los Estados Unidos, los canales comerciales y, más recientemente, un número de estaciones de televisión por cable de propiedad privada han dominado la industria televisiva. Un canal de propiedad del Estado fue creado durante los años sesenta para ampliar el discurso público, pero el financiamiento del Estado fue escaso y durante los se-

tentas y ochentas -en el pico del movimiento privatizador- se torno cada vez mas débil. Algunos países de Europa del Este, emulando los Estados Unidos, están buscando actualmente, privatizar la totalidad de su industria televisiva, pero desde la perspectiva de la democracia hay una razón para ser cautos.

La televisión comercial podría satisfacer los deseos del consumidor y, por esa razón, ser preferible, pero es un hecho que las alternativas que proporciona el Capitalismo de mercado están determinadas por un cálculo de costos e ingresos, y este cálculo no soporta necesariamente, ni siquiera probabilísticamente, una relación con el nivel de ilustración de los ciudadanos. La televisión comercial podría otorgar a los televidentes la posibilidad de elegir entre la serie «Dallas» y el canal musical «MTV», pero no es tan probable que produzca un programa en el que se analice el sistema de ayuda social o las políticas migratorias. Aún cuando la producción de tales programas educacionales pueda ser necesaria para que la democracia funcione, puede que estos no sean rentables, tomando en cuenta especialmente lo que los televidentes están dispuestos a pagar, por decisión propia, para encender su televisión por el resto de la tarde.

PARTICIPACION ACTIVA.

La democracia asume la participación activa de ciudadanos informados e ilustrados en la dirección de su propio gobierno, empero el Capitalismo implica un sistema jerárquico de administración en la esfera económica la cual es enemiga hostil de la participación. El Socialismo Estatal también, ha tendido a ser jerarquizado, especialmente como fue practicado en la antigua Unión Soviética, pero esto no disminuye la amenaza a los valores democráticos propuestos por el Capitalismo. Las presunciones cardinales subyacentes a todas las formas capitalistas de organización son que los dueños del capital tienen el derecho de dictar cómo la organización habrá de funcionar y que tales decisiones se tomarán de acuerdo a un criterio de rentabilidad. Los dueños del capital podrán delegar la conducción de la empresa a personas que ellos elijan o, para tal propósito, a personas escogidas por los trabajadores, pero la decisión de delegación es prerrogativa suya, y la delegación estará limitada en los términos que ellos establezcan.

En algunos países capitalistas a los empleados se les asigna un rol en la dirección de las actividades de la empresa. En Alemania, por ejemplo, los em-

⁵. Ver, por ejemplo, Friedman, Milton. *Capitalism and freedom* 1982. Pág 85 - 98.

pleados tienen el uso de la palabra en el consejo de trabajadores al nivel de planta, y en junta de supervisión a nivel de empresa. Sin embargo, su rol actual en el gobierno permanece limitado, y tales concesiones a la conducción de los obreros continúan siendo una rareza en las economías capitalistas (más rara aún es la propiedad obrera de empresas capitalistas). La ausencia de conducción obrera es problemática para la Democracia porque, como Carole Pateman ha argumentado con cierta fuerza, el control vertical impide la formación de las habilidades y disposiciones requeridas por los ciudadanos activos. Después de laborar durante 8 horas en un centro de trabajo jerárquicamente organizado, sin un verdadero uso de la palabra en la estructura y desempeño de sus tareas, es poco probable que el ciudadano tenga, o esté inclinado a ejercitar la independencia de criterio y el sentido agudo de crítica esenciales a las políticas democráticas.

La participación ciudadana requiere a menudo el apoyo y ayuda de organizaciones intermedias. Un número de tales organizaciones, incluyendo partidos políticos, grupos de defensa (por ejemplo el ACLU y el NAACP), consejos de vecindad y asociaciones locales de padres y profesores, han florecido bajo el capitalismo americano y han provisto de importantes «escuelas de ciudadanía» para el público. Muchas de estas organizaciones también se han desarrollado como respuestas del sector privado a quebras percibidas en el sistema capitalista. Sin embargo, una tensión u hostilidad surge entre el Capitalismo y las organizaciones intermedias cuando quiera que estos grupos intentan interferir con la actividad económica. El Capitalismo, con su ética de competencia es altamente individualista y, por lo tanto, observa con recelo y hostilidad a cualquier organización de productores, trabajadores, o consumidores que busque afectar las decisiones del capital privado.

Muchas economías capitalistas tienen un movimiento gremial de comerciantes, pero ese movimiento es usualmente limitado (en los Estados Unidos acoge a menos del 18% de la fuerza de trabajo) y requiere un fuerte apoyo de la ley para sobrevivir. Un vibrante movimiento gremial de comerciantes puede amenazar la eficiencia y por ello como sostienen los defensores del Capitalismo, debe restársele poder en orden a que el sistema alcance mayores niveles de producción. Pero esto es sólo para reconocer, no para reconciliar la tensión entre la eficiencia económica y los valores democráticos.

SATISFACCION CIUDADANA.

Finalmente algunas consideraciones deben ser

tomadas de la incasable insatisfacción material que Capitalismo engendra, por cuanto esto tendrá algún efecto en las formas de vida política que son capaces de florecer y en la estabilidad del régimen Democrático. Es cierto, el Capitalismo apunta a satisfacer a los consumidores y aparece como un medio superior para alcanzar tal objetivo, pero él también está sujeto a disfunciones económicas como lo indicó la Gran Depresión de 1929, los espirales inflacionarios de los años setenta en América e, irónicamente, la recesión económica en Occidente durante los pasados dos o tres años. Desequilibrios en la economía y espirales inflacionarios pueden plagar cualquier sociedad y, sin embargo la ideología del Capitalismo puede llevar emparejada la capacidad de los líderes nacionales para hacer frente a estas crisis, en tanto que ello requiere una separación estricta entre el Estado y la Economía. Existe, además una fuente de insatisfacción popular que es endémica al Capitalismo : la distribución desigual de la riqueza.

En su núcleo, el Capitalismo promete mayor productividad mediante la introducción de incentivos marcadamente diferenciados. La transferencia de propiedades del Estado a particulares es defendida sobre la base que incentivos rentables conducirán a los particulares a operar sus empresas eficientemente. Los trabajadores recibirán sus sueldos en atención a su productividad, la misma que variará grandemente. Las inversiones serán especialmente recompensadas. El resultado será inevitablemente una estructura de ingresos marcadamente diferenciada.

Desde la perspectiva de la riqueza material, aquellas personas en o cerca del fondo del orden económico en una nación capitalista como los Estados Unidos se encontrarán en una mejor situación que sus similares en una nación socialista como la Unión Soviética. También se encontrarán en mejor posición que la que tendrían si el Estado poseyera y operara más industrias. Pero estas comparaciones no disminuyen el sentido de insatisfacción que viene de la más común y natural forma de envidia : El deseo de gozar el tipo de vida que otros, dentro de la misma sociedad, gozan en el presente.

Los defensores del Capitalismo podrán aseverar que esa sensación de resentimiento y frustración es injustificada; que tales diferencias de riqueza se ameritan por las contribuciones comparativamente mayores que los que se encuentran en mejor posición hacen a la productividad. Pero los resentimientos son resentimientos, justificados o no, y ellos pueden producir patrones de conducta -como, por ejemplo, violentas rebeliones- que podrían desestabilizar un régimen o frustrar la voluntad

democrática, vimos esto recientemente en los disturbios en Los Angeles luego del veredicto en el juicio de Rodney King o, previamente a los disturbios que plagaron a un gran número de ciudades americanas a mediados y finales de los años sesenta. Estos disturbios fueron frecuentemente denotados por causa de eventos políticos tales como incidentes por brutalidad policiaca, fallas en el sistema de justicia criminal o el asesinato de líderes públicos, pero ellos se vieron reducidos invariablemente a actos violentos dirigidos hacia establecimientos comerciales de pequeña envergadura -las instituciones que poseyeron aquello que quienes vivían en los vecindarios más pobres nunca tuvieron aquello que un oficial de policía de Los Angeles describió como los «lujos elementales que todos tomamos como presupuestos»⁶. Una insatisfacción similar se ha visto también expresada en el crecimiento de industrias ilegales, por sobre todo el tráfico de drogas, dirigidas como están por aquéllos que ven en el tráfico de drogas la única manera de conseguir un automóvil BMW o, en todo caso, disfrutar de las riquezas de nuestra cultura de consumo.

La insatisfacción material jugó un importante rol -discutiblemente el más crítico- en desestabilizar los regímenes socialistas de Europa del Este y en inspirar los cambios que ocurrieron en la Unión Soviética. Pero, ni los fracasos materiales del Socialismo ni el resplandor de Occidente deberían oscurecer las poderosas formas de insatisfacción material enraizadas en la desigualdad, la cual todos los regímenes capitalistas motivaron.

Una apreciación de esas tensiones entre Democracia y el Capitalismo deber conducir, talvez no a la desesperanza, pero sí hacia una actitud más escéptica sobre el nuevo giro en la historia del mundo. El Socialismo podrá no ser en adelante una opción viable - puede que todos seamos capitalistas en este momento- pero los reformadores en el Este no deberán arrullarse en la creencia que un Capitalismo robusto e invariable logrará ampliar necesariamente los valores democráticos. Los años de Pinochet en Chile fueron una dolorosa advertencia, en contra de esa fácil presunción. Mi advertencia es, sin embargo aun más fuerte: El Capitalismo no es simplemente compatible con el Au-

toritarismo, pero de alguna manera puede conducir en tal dirección.

Obviamente, el curso de la historia del mundo no puede ser revertido, pero, conscientes de los peligros para los valores democráticos propuestos por el Capitalismo, mi esperanza es que aquéllos que vigilan la transición del Socialismo al Capitalismo, se detengan y consideren un número de medidas que disminuyan esos peligros. Ellos podrían adoptar medidas para protegerse contra crecientes desigualdades de riqueza, reprimir el poder monopólico, prevenir a las industrias informacionales de quedar cautivas del mercado, establecer topes en las contribuciones y gastos de las campañas políticas, fomentar la participación de los trabajadores, proteger a los trabajadores que critican a sus empresas, y fortalecer organizaciones intermedias que puedan servir como escuelas de ciudadanía.

Ciertamente, algunas de estas medidas pueden tener sus raíces en ideales socialistas e imponer una significativa intervención estatal en la economía, pero no por ello deberían ser rechazadas en un intento frenético por sepultar el pasado. Todas las sociedades capitalistas tienen medidas comparables a éstas, sin que ello siquiera amenace su caracterización como «capitalista». Algunas, parten desde la teoría del Capitalismo, concebida en abstracto, y en términos abstractos y formales, pero son limitadas, partidas calificadas, enraizadas en deseo por promover un valor -Democracia- que el Capitalismo supuestamente promueve.

Una batalla aún debe librarse. Ella no será la batalla que ha dominado en el siglo XX, entre el Capitalismo y el Socialismo, sino más bien una batalla dentro del Capitalismo. Las pasiones puede que no corran tan alto, por cuanto el corte de las divisiones es menos marcado, pero, los riesgos e inquietudes son igual de grandes. Dejando de lado el extraño caso Joseph Schumpeter ⁷, no fue una consideración de eficiencia la que arrastró a la mayoría de los intelectuales al Socialismo, sino más bien un amplio compromiso con la Democracia. Ahora el desafío es ver si ese mismo ideal puede ser alcanzado dentro de la estructura capitalista: Para hacer de la «democracia capitalista una realidad.

⁶ Mydans, Seth. Reveilers pang the music, or the louter as everyman, N. Y. times, may 7, 1992, At A1.

⁷ Schumpeter, Joseph A. capitalism, socialism, and democram 1950 3ra. Ed. Pág 188 - 199.